

8



## RETRATO DE MARIA

**Introducción**

Según Dante, el rostro de María es *el que más se parece al rostro del Señor*. Como maristas el acercamiento a Jesús lo realizamos a través de María. TODO A JESUS POR MARIA. María es modelo para nuestra vida como creyentes. *“Sus actitudes de discípula perfecta de Cristo inspiran y configuran nuestro ser y nuestro actuar”* (C4). Contemplando a María nos acercamos a Jesús.

*“Dichosa tú porque has creído”* (Lc1,45). La fe de María tuvo que ir creciendo a lo largo de su vida. La suya, como la nuestra, fue una fe peregrinante, que ignora el futuro y no acaba de comprender. Pero también fue una fe ejemplar por su confianza plena en Dios, impregnada de meditación: *“Conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón”*.

Nos miramos en el rostro de María y contemplamos la sonrisa de Dios.

**Objetivo**

*Descubrir a María como modelo de creyente y discípula de Jesús.*

## ENSAYO DE UN RETRATO PSICO-RELIGIOSO DE MARÍA

*hno. Basilio Rueda*

Es siempre a través de la meditación evangélica, que habrá que intentar el encuentro con el mejor retrato posible de María. Un retrato pintado por el propio Espíritu Santo. Un retrato inagotable: todas las generaciones lo han contemplado con gozo y han descubierto algunos nuevos rasgos en este sublime modelo de sencillez. Pues, la sencillez es la característica fundamental de María. En María todo es sencillo, todo sublime: «El rostro que más se parece al rostro del Señor», dijo El Dante.

¿Cómo vieron los evangelistas el rostro psico-religioso de María? Ante todo, María está atenta a la Palabra de Dios (la Virgen que escucha). Acoge con amor esa palabra que, no pocas veces, trastorna sus planes de vida, traspasa su corazón, sumerge su alma en la duda, en la ansiedad, en las incomprendiones, María la atiende fielmente y la encarna en su vida. María es la esclava de Yavé y está de acuerdo, de antemano, con la voluntad del Señor.

Su personalidad humana es encantadora. Tranquila y serena en su espíritu, dialoga con Dios y con los hombres, pregunta, responde a propósito. Muy abierta, sabe leer los signos de los tiempos y no duda en aceptar los cambios, la novedad, lo inesperado. Dueña de sus sentimientos, no se deja desbordar por el anuncio que hubiera colmado de entusiasmo, no importa a qué jovencita judía de su tiempo: la maternidad mesiánica. María espera, reflexiona, objeta, solicita un poco más de luz. Pero apenas entiende que es así la voluntad de Dios, se entrega confiada a la misión que se le propone, creyendo que Dios es Señor de lo imposible y se entrega a la acción del Espíritu Santo. ¡Qué cúmulo de valores humanos en el consentimiento lúcido, libre y amoroso de María en la Encarnación!



Muy humana en su ser y en su obrar, se regocija con los que están contentos, se apiada de los que sufren o están a punto de experimentar cualquier necesidad apremiante. Su compasión es operante. María se pone al servicio de todos, previsor, humilde, delicada, modesta y generosa, traduce su inmensa caridad en gestos de amistad y de ayuda fraterna. Se la ve afable, sonriente, simpática y accesible para todos. Su presencia comporta la alegría del vivir; su palabra transmite la paz del Señor y en algunos casos atrae la presencia del Espíritu Santo sobre sus interlocutores, pues ella lleva siempre consigo el Verbo de Dios en su corazón, después de haberlo llevado en su seno virginal durante nueve meses.

Es una mujer silenciosa, recogida, oculta, casi desconocida, vive, como tantas otras, en una aldea de Galilea o entre las gentes de Jerusalén o mezclada con los discípulos de su Hijo a lo largo de los caminos de Palestina o reside en Cafarnaúm. Pasa inadvertida, habla poco, al menos que se trate de alabanza a Dios y de la acción de gracias, cuando comparte con las amigas la oración y la dicha de haber creído. Toda su vida se centra en la contemplación de la Palabra y de los signos de Dios, y en el amor materno a Dios y a la humanidad. Comprende, cada vez más profundamente, el Misterio de las palabras, signos y acciones de la persona de su Hijo sin que llegue a descubrirlo completamente. Desde el comienzo pudo proseguir su peregrinación por el camino de la fe.

Esta fe, tan sencilla, es, no obstante, lúcida y transparente; es la base de la sencillez de María y de sus relaciones maternas con Jesús. María acepta, con un corazón reconocido y firme, las situaciones difíciles a las que su hijo no deja de invitarla, a menudo, por medio de palabras severas, con oráculos proféticos que poco a poco le introducen en el misterio de la Cruz. En el Calvario vive el mayor abandono que se puede pedir a una madre: cambiar, por la exigencia de la palabra de Jesús, su

maternidad carnal por una nueva maternidad espiritual y universal. Ella, que era la Madre de Jesús, pasa a ser una sencilla discípula entre los discípulos de su Hijo para acceder así a la formidable función de ser la madre de los discípulos.

Fiel observante de la Ley, alma profundamente piadosa, María vivió su juventud y su madurez de acuerdo con las mejores tradiciones de su pueblo, pero sin estrecheces de espíritu. Mantuvo continuamente relaciones espontáneas con el Dios tres veces santo, bueno y misericordioso, próximo e inaccesible, misterioso y desconcertante. Un día se encontró, en lo carnal, madre de Dios hecho hombre en Jesucristo: su pequeñez y su docilidad habían iniciado una colaboración con el Espíritu Santo que, en constante ascenso, acabaría llegando a estas cotas elevadas.

Como madre de Dios se convierte automáticamente en la primera cristiana y viviendo hasta el extremo la experiencia cristiana, llegaría a descubrirse como la madre del Cristo total: cabeza y miembros. Pero esta maternidad que es un bien particular de María, pertenece, por otra parte, a toda la Iglesia a la que representa y aventaja en su misterio personal. María va comprendiendo progresivamente su vocación y su solidaridad espiritual con todos nosotros, en la misma medida en que adquiere una inteligencia cada vez más profunda del misterio insondable de Jesús.

Durante los años de la infancia y de la adolescencia de Jesús se muestra como una verdadera madre de familia, entregándose a los quehaceres domésticos propios de la mujer, sabiendo mandar y acogiendo con sencillez la “sumisión” de su Hijo, el Mesías. Su psicología, netamente femenina, estaba llena de intuiciones, de iniciativa en los momentos difíciles, de delicadezas y de firmeza. Se nos aparece como una auténtica educadora, que forma al Niño Jesús para que sepa afrontar la vida y para que cumpla la misión que le aguarda con los sentimientos y la sensibilidad que se manifiestan tantas veces en las páginas del Evangelio. Con él y por él, María conoce la pobreza y el trabajo, la persecución y el exilio, las situaciones de opresión y la necesidad y urgencia de la liberación humana. Jamás capituló ante el temor o la cobardía. Creyó siempre en su Hijo, incluso cuando todos le abandonaban.



Su alma rebosaba del saber bíblico. Conocía la historia de su pueblo y sabía llegar a la trama divina que encerraba. Por eso “no temía proclamar que Dios es quien levanta a los humildes y oprimidos y derriba del trono a los poderosos”.

No hubo alienación alguna en esta alma entregada totalmente a la voluntad de Dios. Humilde y sencilla, jamás se refugia en una pasividad indolente. Su contacto directo con Jesús, su insaciable escucha a las enseñanzas de este Maestro sapientísimo, su fe cada día más fuerte y activa fueron llenando, día a día, de saber cristiano a la que figuraba, sin duda alguna, como “la primera entre los pequeños del Reino a los que el Padre gusta revelar cuanto está oculto a los sabios del mundo”.

Fue hacia esta sabiduría de Dios contenida enteramente en el desarrollo histórico de la Salvación en Jesucristo, muerto y resucitado, que María condujo maternalmente a la comunidad del Cenáculo tanto por el ejemplo como por su oración. Suavemente, discretamente, eficazmente, como formara a Jesús en su seno a lo largo de una apacible gestación, ahora, a través de los acontecimientos que el Señor permite, deberá reproducir los propios rasgos de su fisonomía espiritual en todos sus hijos, a lo largo de los acontecimientos concretos de la existencia.

No quisiera terminar este esbozo, muy imperfecto por otra parte, del verdadero rostro de María, sin ofreceros la relación de las «virtudes sólidas y evangélicas que su S.S. Pablo VI refiere en su exhortación “Marialis Cultus” y que estima deben de tener muy en cuenta los hombres de hoy (M. C. 57). “Virtudes sólidas y evangélicas: la fe y la dócil aceptación de la Palabra de Dios; la obediencia

generosa; la humildad sincera; la caridad solícita; la sabiduría reflexiva; la piedad hacia Dios, pronta al cumplimiento de los deberes religiosos. Agradecida por los bienes recibidos, que ofrece en el templo, que ora en la comunidad apostólica; la fortaleza en el destierro, en el dolor; la pobreza llevada con dignidad y confianza en el Señor; el vigilante cuidado hacia su Hijo desde la humildad de la cuna hasta la ignominia de la Cruz; la delicadeza previsor; la pureza virginal; el fuerte y casto amor esponsal, con estas virtudes de la Madre se adornarán los hijos, que con tenaz propósito contemplan sus ejemplos para reproducirlos en la propia vida. Y tal progreso en la virtud aparecerá como consecuencia y fruto maduro de aquella fuerza pastoral que brota del culto tributado a la Virgen”.

*María es la poseía de Dios sobre la creación. Es la fragancia de su obra espléndida. El amanecer de la plenitud de los tiempos. La puerta de Dios al mundo. La criatura nueva, la Madre del Señor.*

*María es el corazón pascual en el que late la primera Iglesia. Es el primer eslabón de la historia cristiana. La primera página viviente del Nuevo Testamento. La primera Palabra después del Verbo. El primer Amén pleno. La Madre de la Iglesia.*

*Para muchos de nosotros, decir María, significa todavía el secreto a voces de una infancia enamorada. Significa la experiencia cristiana inicial, vigilada por el gozo y mecida en la ternura más impronunciable del corazón. Significa el entreabrirse estremecido a un paisaje, al calor recién estrenado cada día, a la costumbre del beso y la sonrisa, del brillo de los ojos y el pan de las caricias en el deletreado aprendizaje de la primera fe. La fe: esa cuna que se llamó María en el alborar de nuestra sensibilidad cristiana; es frondosidad que se llamó María en el despertar azaroso a la vida; es fuente refrescante que se llama María, ahora, al caminar oliendo a riego y ensayando la ilusión.*

*Hacer recuento de María en nuestra historia significa tanto como hacer la historia de una declaración de amor.*

*Decimos “María” y se puebla la memoria de nombres saltarines y ciudades en flor, recostadas, extraña geografía, en las colinas de la imaginación: Nazaret, Belén, Caná de Galilea.*

*Decimos “María” y nos crece por dentro el anhelo y la belleza más exótica y familiar al mismo tiempo: es lo mejor de nosotros mismos.*

*Ella es el sacramento de la ternura maternal de Dios, Ella es la epifanía más densa y transparente del misterio del Señor.*





**COMPARTIR Y ORAR**

- ⇒ Realizada la lectura del texto del Hno. Basilio, expresar los sentimientos que nos surgen.
- ⇒ ¿Cómo nos gusta ver a María? ¿qué pasaje bíblico sobre María nos gusta contemplar?

**ORACION**

*Es bueno alabarte, Madre*

- **Salmo 3**

Es bueno alabarte y glorificarte, oh María,  
y celebrar tu nombre.  
Proclamaré por la mañana tu bondad  
Y tu fidelidad por la tarde,  
con el arpa de diez cuerdas,  
con el laúd y los acordes de la cítara.

Tú me colmas de regocijo con tus obras  
llenas de misericordia.  
Y se alegra mi corazón en tu presencia:  
te invoco y tú me escuchas,  
tú estás conmigo en mi desamparo.

Tu misericordia es grande  
y es inmensa tu dignidad.  
El insensato no llega a conocerte  
y el necio no comprende  
las maravillas que Dios hizo en ti.

Tú eres aclamada por toda la eternidad.  
Úngeme con óleo fresco,  
y mis ojos verán las maravillas de Dios  
y mis oídos escucharán las alabanzas  
que te dirigen todas las generaciones.

Por ti, oh María, creceré como una palmera;  
y como el cedro del Líbano  
plantado en la casa de Dios,  
floreceré en tus atrios;  
y en la vejez daré frutos llenos de vida.



Proclamaré con ardor las misericordias del Señor,  
que te ha hecho Arca de la nueva alianza  
y una fuerza que me salva.

El Señor ha glorificado para siempre tu nombre  
haciéndolo también nombre de salvación:  
Los que te invocan hallarán la vida  
y mantendrán su esperanza en el corazón.

Gloria al Padre...

- **Palabra de Dios:**

*(Recordamos la Anunciación)*

“Y dijo María: He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu Palabra”.

*(momento de oración personal)*

- Podemos manifestar los **motivos de agradecimiento** al Señor por algo vivido en esta semana.
- Expresamos, como Fraternidad, nuestra acción de gracias al Señor rezando o cantando el **Magnificat**



